

FRANCISCO PRESEDO VELO IN MEMORIAM

MARÍA ROSARIO LUCAS PELLICER

Universidad Autónoma de Madrid

La dedicación de estas páginas al recuerdo del Profesor Don. Francisco Presedo Velo está cargada de nostalgia y fugacidad del tiempo. Nostalgia justificada por la persona ausente y porque me retrotrae a unos años, la década de los sesenta, en que éramos bastante más jóvenes e ingenuos (especialmente yo), con un futuro incierto lleno de idealismos y todavía por llegar. Fugacidad de un tiempo que se pasó demasiado deprisa y amalgamó un retazo de vida del pequeño grupo de españoles que, por azares del destino, convivió intensamente durante cuatro largos meses en las tierras del Nilo. El transcurrir de los años nos alejó paulatinamente. Cada uno tomó su derrotero; dejamos de vernos y de tarde en tarde supimos unos de otros por amigos comunes o esporádicos encuentros.

La segunda campaña de la Misión Arqueológica Española en Nubia (1962-1963) en el marco internacional de la UNESCO y de la llamada de la RAU para el salvamento de los monumentos y yacimientos arqueológicos de Nubia amenazados por la inminente construcción de la Gran Presa de Assuan, fue, tal y como tuve ocasión de exponer, en el Curso de Verano de la UAM (1999), sobre *Culturas del Valle del Nilo (I)*, dirigido por la Dra. M^a José López Grande (editado por la Fundación Arqueológica Clos) ese motivo de convivencia durante la estancia en Egipto y Sudán. El Dr. Presedo había colaborado ya en la primera campaña, era un veterano, y su experiencia siguió siendo un baluarte en el resto de las campañas en que estuvo presente. Los cementerios de Argín (Sudán) y muy especialmente los trabajos en la fortaleza nubia de Cheikh-Daud en Egipto, en las iglesias coptas de Kaser-Ico y en el poblado de la isla de Abkanarti en la segunda catarata del Nilo (Sudán) fueron, por este orden, nuestros campos de actividades y los lugares que nos

fueron uniendo en las jornadas de trabajo y en los ratos de charla, al anochecer o durante los viajes, procurando pasar el tiempo sin que bajara el ánimo o cundiera el desaliento.

Presedo era el gran conversador, de charla amena y fácil. En otros tiempos hubiera sido un magnífico narrador oral de historias y cuentos que fascinarían a un auditorio incondicional, encandilado como nosotros, siempre dispuestos a reír, pensar o filosofar sobre el inagotable repertorio. Su Galicia natal, Betanzos, y las aldeas próximas, eran el escenario de una mezcla armoniosa de realismo mágico y esperpento social, terriblemente social, en el que participaban alcaldes, sacristanes, curas y aldeanos de unos años duros, salpicados en anécdotas cargadas de saber popular y de divertimento. Tal era la fuerza de su elocuencia descriptiva con acertadas y entusiásticas palabras que vivíamos los personajes como si fuéramos los espectadores del suceso o tuviéramos el retrato delante: los ojos verdes de la lozana estanquera, el cura que se arremangaba la sotana, el traje a modo de mono, una auténtica funda de perneras y brazos colgantes, hilada y tejida para el rapaz por las mujeres de la casa porque, agotada la sabiduría médica, era remedio ancestral para curar la poliomeilitis de su infancia. No cabía dudar de la eficacia sanadora. Allí estaba el testimonio

Las brumas de los bosques, los conjuros... en fin, tantas y tantas pequeñas historias diferentes, actuaban de milagroso placebo, capaz de trasladarnos del árido y ardiente desierto a los húmedos y verdes paisajes gallegos y de olvidar, sin angustia, la parquedad de nuestros alimentos para saborear con el recuerdo de sus nombres la exuberancia de los frutos marinos y del «cocho», regados por cerveza fresca o buen riveiro.

Paco Presedo sabía mejor que nadie romper el tiempo muerto con estas naderías intercaladas en conversaciones más profundas donde siempre latía su amor y conocimientos sobre la Historia Antigua y Medieval, los viajes, las religiones, las fuentes clásicas y los tratados antiguos. No sé si Don Santiago Montero, Catedrático de Historia Antigua y de Historia de las Religiones en la Universidad Complutense, fue su Profesor más directo, pero sin duda sentía por él gran admiración y traía a colación su nombre cuando se trataba de terciar en aspectos históricos o de recordar el buen magisterio.

El carácter de Presedo, conciliador y generoso, fue también un sedante en las lógicas tensiones de un aislamiento forzado donde las oportunidades de evasión y de ocio eran inexistentes. No se agobiaba y ni agobiaba, aunque nunca dejaba de hacer cosas. No recuerdo verle enfadado con los demás. Los contratiempos y las adversidades se las reservaba para sí mismo porque, pese a su locuacidad, era tremendamente introvertido y discreto. El síntoma más elocuente de que tocaba fondo en el estado anímico era su desesperante silencio, síntoma que no podía ocultar y trataba de paliarlo con la escritura y la lectura. Su voluminosa y enigmática cartera contenía libros que, como preciados restos de un naufragio, iban de un lugar a otros, cada vez más ajados, soportando trajines y desplazamientos. No podía estar sin ellos y debió releerlos innumerables veces.

Las parsimoniosas maneras del Dr. Presedo, flemáticas y corteses, eran buena carta de presentación en cuestiones diplomáticas, sin perder la calma en las negociaciones con los árabes. Soportaba estoicamente la lentitud de los asuntos oficiales, y su mediación y facilidad de trato fue un puntal decisivo en el trabajo airoosamente desempeñado por la Misión Española bajo la dirección del Profesor Almagro, aunque mi experiencia se restringa únicamente a la segunda campaña en la que junto con el Dr. Manuel Pellicer, Don Rafael Blanco, mi marido Vicente Viñas y la Srta. Alicia Simonet, tuvimos el privilegio de convivir con Francisco Presedo y compartir el tiempo, más o menos estrechamente, según la permanencia de cada uno en Nubia y la estancia en los yacimientos.

Como testimonio indeleble de la labor del Dr. Presedo en aquellos trabajos quedan los resultados. Aparte de los preceptivos Informes, cabe resaltar su autoría en las Memorias de excavaciones de los yacimientos cristianos y medievales publicadas en la serie *Comité Español de la UNESCO para Nubia* editada por el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Dirección General de Relaciones Culturales (Madrid):

—*Antigüedades cristinas de la Isla de Kasar-Ico (2ª catarata del Nilo, Sudán)*, vol. I de las «Memorias de la Misión Arqueológica», 1963

Las excavaciones de estas iglesias coptas se realizaron en enero y febrero de 1962. F. Presedo fué nombrado Field-director y en el trabajo colaboraron el Dr. Pellicer y D. Vicente Viñas.

—*La fortaleza Nubia de Cheikh-Daud., Tumas (Egipto)*, vol. IV de las «Memorias de la Misión Arqueológica», 1964.

Se dedicaron a la excavación dos campañas. La primera en 1961, del 20 de marzo al 20 de abril: el Dr. Presedo, Field-director, estuvo acompañado por Don Rafael Blanco. La segunda en 1962, del 14 de febrero al 22 de marzo; en esta ocasión el Dr. Presedo actuó de Vicedirector, asumiendo la dirección teórica el Profesor Almagro. Don Vicente Viñas y yo misma completamos el equipo español.

—*El poblado cristiano de la Isla de Abkanarti en la segunda Catarata del Nilo (Sudán)* vol. VII de las «Memorias de la Misión Arqueológica», 1965.

Los trabajos en este poblado se iniciaron en 1962, previa prospección realizada por el Dr. Pellicer. Fue excavado bajo la dirección del Dr. Presedo, del 15 de marzo hasta el 1 de mayo, con la colaboración, de Don Vicente Viñas, Doña Alicia Simonet y yo misma. Bajo la misma dirección y ya durante la tercera Campaña, se emprendió una segunda excavación, desde el 20 de noviembre de 1962 hasta el 15 de febrero de 1963, esta vez con nuevo equipo: los Sres. Luis Monreal, Isidoro Vázquez, Eugenio de la Vega y José. García-Estrada.

Todo este elenco estaría incompleto si omitiera mencionar la participación del Dr. Presedo en las excavaciones de Heracleópolis Magna en Egipto, en un ambiente de lógica responsabilidad, pero más relajado y con menos urgencia que en los trabajos realizados en las tierras nubias, desahuciadas y amenazadas por la inundación de las aguas de la presa. La concesión y los permisos para que España excavase en este yacimiento marcan, a partir de 1967, la inflexión hacia una bien me-

recida presencia española en ámbito egipcio y abren la puerta a la continuada labor que se está haciendo para aumentar el conocimiento de la historia antigua del valle del Nilo a través de la arqueología.

A la vuelta a Madrid, concluida la segunda campaña, otra vez coincidí laboralmente con el Dr. Presedo quien ostentó durante algunos años el cargo de Secretario Técnico del Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas. La institución languidecía desde 1955, últimos años de la dirección del Profesor D. Julio Martínez Santa Olalla. En enero de 1962, el Director General de Bellas Artes, Don Gratiano Nieto, asumió el cargo de Inspector de Excavaciones Arqueológicas, impulsando nuevos bríos y cometidos al organismo. Posiblemente, cuando el Dr. Presedo se incorporó a ese Servicio de Excavaciones, en la década de los cincuenta, no eran los mejores momentos, pero aquel trabajo le brindó la ocasión de iniciarse en la arqueología de campo dentro del círculo de Martínez Santa-Olalla (participó en varias excavaciones, entre ellas el Cerro del Cepero, en Baza, Granada) a la vez que su talante independiente fue el mejor puente entre uno y otro sistema, aportando a la renovación, su experiencia en las publicaciones y su saber hacer en el entramado arqueológico.

En la década del 60, el único personal del Servicio Nacional de Excavaciones, con sede en el CSIC de la Calle de Medinaceli, núm. 4, era el Conserje de planta, el propio Presedo y una secretaria auxiliar, papel que desempeñé durante un corto tiempo, amén de suplir las funciones de Presedo durante la tercera campaña de Nubia. Este trabajo, en el tiempo compartido —siempre dependiente de la Dirección General de Bellas Artes y del Profesor Nieto— me deparó la ocasión de trasladar el compañerismo al ambiente urbano de Madrid. Sin cicaterías me puso al corriente del trabajo y me abrió el mundo hacia un pasado arqueológico de prolijos ficheros (topográficos, por yacimientos, materias...) con nombres y direcciones de todos los rincones de España y de *quien era quien* en la arqueología española de posguerra, y también hacia el futuro de la edición y las publicaciones encomendadas a la institución: *Excavaciones Arqueológicas en España* y *Noticario Arqueológico Hispánico*.

Nuestra jornada terminaba a las dos de la tarde. Era un placer asistir al reencuentro y discusiones científicas del círculo de amigos de Presedo, aparentes solterones empedernidos cargados de saber, que venían a buscarle para tomar, como buenos madrileños de adopción, el aperitivo en una tasca próxima con caña de cerveza o chatito de vino y una ración de mejillones y repasar juntos la «crónica» y novedades del momento.

En pocos años cada uno fue tomando su rumbo. Aquellos compañeros obtuvieron su puesto de trabajo en la Universidad o en el Consejo y fuimos sabiendo de la incorporación de Paco Presedo a la Universidad en su auténtica vocación de Historia Antigua, de su pérdida de soltería y de su marcha definitiva de Madrid.

Con todo, Presedo no renunció a la Arqueología y en los años 70, y especialmente en la primera mitad de los 80, su nombre y dirección, en colaboración o no con otros colegas de la Cátedra de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla,

están presentes en excavaciones y publicaciones arqueológicas, caso de los trabajos realizados de 1971 a 1975 en la ciudad romana de Carteia (F. Presedo et alii: *Carteia I*, «Excavaciones Arqueológicas en España», núm. 120, 1982). Aunque en esta faceta arqueológica, con independencia de su contribución al salvamento de Nubia, Francisco Presedo destaca por dos trabajos que, cada uno a su manera, han tenido y siguen teniendo un enorme peso bibliográfico:

—En el verano de 1968 inicia las excavaciones en la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario en Baza (Granada) tras los correspondientes permisos de la Dirección General de Bellas Artes y una subvención de 25.000 pts. a las que se añadieron 5.000 más como ayuda del decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense. Las campañas prosiguieron durante los veranos de 1969 a 1971, subvencionadas, con anuencia de la Dirección General de Bellas Artes, por Don Pedro Durán propietario de los terrenos donde se asentaba la necrópolis.

Las excavaciones depararon la exhumación y estudio de 178 tumbas y la fortuna quiso que en la última campaña, el día 20 de julio de 1971, apareciese en la tumba 155 uno de los hallazgos más sensacionales y valorados bibliográficamente: la espectacular **Dama de Baza**, la primera escultura ibérica femenina y sedente bien contextualizada.

A Presedo hemos de agradecer la eficaz actuación *in situ*, para conservar la policromía de la estatua ya que, como él mismo explica, conocía empíricamente la rápida degradación del color, por los hallazgos de Heracleópolis Magna. A su empeño se deben también los esfuerzos para recabar del ICROA los medios técnicos que han permitido la exhibición de la diosa y el sorprendente ajuar de su tumba en todo el esplendor, como una de las joyas del Museo Arqueológico Nacional. y del Arte Ibérico.

El estudio de los hallazgos y de la necrópolis de Baza, subvencionado parcialmente por una beca que le fue concedida por la Fundación March, vió la luz en 1982 bajo el título *La necrópolis de Baza* («Excavaciones Arqueológicas en España», núm. 119, Ministerio de Cultura, Dirección General de Arqueología y Etnografía). Pese a la larga tradición en la arqueología ibérica y las muchas tumbas excavadas, esta es la primera de las grandes monografías sobre una necrópolis ibérica, detallando una por una cada tumba y su correspondiente ajuar. Tiene, además, el valor añadido de haber recopilado el informe remitido en 1800 por el Canónigo D. Pedro Alvarez y Gutierrez al Ministerio del Estado dando cuenta del expolio de otro magnífico conjunto de tumbas, que hoy sabemos ibéricas por las descripción de los hallazgos, ilustrando la potencialidad histórica y arqueológica de estos parajes de la hoya de Baza.

El segundo de los trabajos a que me refiero, por la densidad de su contenido, y con independencia de otras contribuciones históricas que pueden ser valoradas con mejor juicio y criterio por otros investigadores, es su colaboración en la *Historia de España Antigua* editada por Cátedra, en 1981. En el Tomo I, dedicado a la *Protohistoria*, Presedo firma los capítulos V (Tartessos) VI (Pueblos Ibéricos) VII (Econo-

mía Ibérica) VIII (Organización política y social de los Iberos) X (Cultura y religión ibéricas) y XI (El arte Ibérico)

Trascurridos más de 20 años estos epígrafes nos parecen poco novedosos, pero en su momento marcaron un hito al interrelacionar las distintas variables culturales armonizando datos de los textos antiguos y la investigación arqueológica. Con maestría y tino se afrontan debates tan relevantes como las fuentes clásicas, la escritura y la organización política de Tartessos (tema que le fue especialmente predilecto) o se traza la demarcación geográfica y las particularidades de los distintos pueblos ibéricos, conjugando los textos literarios, la epigrafía, la numismática y los hallazgos arqueológicos. Se ahonda en la diversidad de alfabetos y lenguas o en aspectos sociales siempre discutibles, tales como el *hospitium*, la clientela y los mercenarios, sin marginar temas trascendentes, como la religión y las divinidades, o más humanos, como las armas y la guerra, hasta llegar a detalles aparentemente menores o triviales como el traje, el calzado o la pintura cerámica.

Francisco Presedo Velo, Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Sevilla, es ya pasado. Su obra trasciende el futuro por venir. Nos ha legado su hacer de historiador y arqueólogo hilvanado en la basta parcela del Hombre y de su Historia.

Su recuerdo permanece vivo.